

JUAN PEDRO
COSANO

NADIE
PODRÁ
QUERERLE
COMO
YO



JUAN PEDRO COSANO
NADIE PODRÁ QUERERLE COMO YO

© Juan Pedro Cosano, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 6.371-2022
ISBN: 978-84-670-6366-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Unigraf, S. L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	13
1. El escritor del rey	17
2. Señora, ¿habéis sido envenenada?	26
3. Nadie podrá quererle como yo	30
4. Una boda en Fontainebleau	39
5. Duelo al alba en Santa Cruz	51
6. Las dudas y los recuerdos de Carlos	61
7. Un encuentro en Quintanapalla	67
8. «Parid, bella flor de lis...»	85
9. Audiencia con el rey Carlos	92
10. La muerte de Lisi	109
11. La viuda Montero	115
12. La autopsia real	123
13. La actrícita Catalina Cueto	134
14. Las exequias de María Luisa de Orleans	151
15. El médico Francini	164
16. Despacho real	181
17. Audiencia secreta con el rey Carlos	189
18. La «remiendavirgos»	195
19. La tertulia de la botica de la calle Mayor	201
20. La carta del rey Luis	217
21. El pintor de cámara	230
22. La carta del embajador	245
23. Candidatas al trono	249
24. Los médicos reales	257

25. El boticario Verdier	265
26. Los bufones del rey	272
27. La advertencia del duque	282
28. La bufetera Susana Duperroy	296
29. La misión del capitán Contreras	306
30. La condesa de Monterrey	312
31. El cónclave de los pintores	324
32. La convalecencia del literato	338
33. La visita del conde de Oropesa	348
34. La visita del boticario	361
35. El pudridero de El Escorial	368
36. El túmulo de Churriguera	384
37. Rebenac, el embajador de Francia	395
38. La bella Olimpia	405
39. Una cita en Recoletos	414
40. La cena de los reyes	430
41. Sombras en la noche de Madrid	438
42. Un encuentro en San Martín de Tours	453
43. Emboscada en la calle de los Negros	466
44. Las virtudes de Catalina Cueto	472
45. La revelación de la bufetera	480
46. Jaque a la dama	493
47. La mansión de la Puerta Cerrada	501
48. Cónclave en el Buen Retiro	512
<i>Epílogo</i>	539
<i>Nota del autor</i>	557

1

EL ESCRITOR DEL REY

Madrid, unos días antes. 12 de febrero de 1689

Candamo no olvidaría ese día de febrero ni aunque cien años viviese. Porque fue ese el día en que su vida cambió para siempre.

Francisco Antonio de Bances y Candamo, a quien todos conocían en Madrid y en la corte como Candamo, era, desde hacía dos años y por real decreto expedido por don Manuel de Lira, secretario del Despacho Universal, el dramaturgo oficial del rey Carlos, segundo de ese nombre. Como si de algo no carecía Candamo era de ínfulas, él prefería con mucho el título de «escritor de cámara de su majestad», pero tal dignidad ni existía en palacio ni estaba autorizada por el bureo, pese a lo cual la utilizaba con asiduidad fuera del recinto real, como si con ello quisiera de alguna forma recuperar para sus remotos, muy remotos, remotísimos, orígenes nobles el brillo que el baldón de la pobreza le había atenuado.

Candamo caminaba hacia el alcázar madrileño en esa fría mañana de febrero llevando consigo los ochenta y tres folios que componían su primera versión, inacabada, y mucho le quedaba para acabarla, de lo que estaba seguro iba a ser su gran obra, su obra definitiva, la que iba a iluminar con luz cegadora su trayectoria vital, su producción literaria, sus dramas, comedias y versos, la que iba a propiciar que su nombre pasase a la posteridad de las letras patrias al lado de los genios inmortales. Y cuando él se refería a los genios inmortales aludía sobre todo a su admirado don Luis de Góngora, «el que enseñó a las musas», «el inimitable», como del

gran poeta cordobés el propio Candamo había escrito. Nada habría que más le gustara que su nombre pasara a la historia al lado del de don Luis, y en ello se empeñaba. Había dado por título a su magna obra, provisional todavía hasta que no completara el tratado, *Teatro de los teatros de los pasados y presentes siglos: historia escénica griega, romana y castellana*. Esa soberbia obra suya habría de componerse de cuatro libros, y con ella pretendía no solo compendiar y estudiar el teatro de la Antigüedad y analizar el origen de la comedia castellana, sino, sobre todo y por encima de todo, defender la licitud moral del teatro y ridiculizar los dicerios de santurriones como el jesuita Ignacio de Camargo, de notable mente obtusa, y de leguleyos como don Gonzalo Navarro Castellanos, preceptor que había sido del desventurado don Juan José de Austria, que habían encarnizado, ambos y muchos otros, sus afanes de los últimos años en denostar la escena castellana. «El que dice que no son / las comedias de estos siglos / las que condenan los santos, / lo vio mal o no lo ha visto», había llegado a escribir, con verso infesto, uno de esos teatrófobos chupacirios.

Hacía cinco días, por fin, había recibido un aviso de la oficina de don Bernardo Pujol, secretario particular de su majestad, en el que se le convocaba a audiencia para hoy, día 12 de febrero del año del Señor de 1689, sábado, festividad de santa Eulalia. Había salido de su casa, una modesta vivienda de tres habitaciones en la calle de los Peligros, situada junto al convento de Nuestra Señora de la Piedad, el de las monjas de Vallecas —como el vulgo las llamaba porque en esa villa había estado primitivamente el convento—, con las primeras luces del día. Un día que se vaticinaba húmedo, gris y ventoso. Se había abrigado bien, pues era dado a los catarros y los romadizos, y había envuelto cuidadosamente su valioso manuscrito para protegerlo del agua, si llovía, y de la humedad, que ya campaba a sus anchas. Había musitado una oración a la Virgen de los Peligros al pasar junto a la puerta principal del convento y tomado el camino hacia el alcázar madrileño, calle de Alcalá hacia arriba, mientras las monjitas entonaban los laudes.

Enseguida, en el mismo instante en que alcanzó a ver la mole del convento de los mínimos de San Francisco de Paula, se dio

cuenta de que algo extraño ocurría: las calles de la Villa y Corte estaban inusualmente concurridas a tan temprana hora. Hombres, mujeres y niños, algunos cargados con cestos de mimbre como si fueran de almuerzo campestre, caminaban en la misma dirección que Candamo llevaba, unos con gesto adusto y preocupado, otros con los rostros iluminados por la expectación.

Era usual que Madrid, que no era una ciudad perezosa, se despertase temprano y que sus calles se llenaran de ajeteo con la alborada. Con las primeras luces, las campanas de iglesias y monasterios repicaban cada día con sus tañidos metálicos, llamando a la vida a los madrileños. Las plazas se atestaban de aguadores, caldereros, panaderos que preparaban sus puestos en los lugares asignados por el concejo y que no podrían abandonar hasta que vendieran todo su género; afiladores, buhoneros pregonando a gritos sus menudencias; mendigos que exhibían impúdicos sus llagas, ciertas o fingidas, suplicando la caridad ajena; vendedores de frituras que instalaban sus bodegones de puntapié en las esquinas de las calles más frecuentadas; haraganes que se apostaban en los quicios mordiendo tallos que luego escupían por el colmillo; bravos que presumían de hazañas en los tercios y alquilaban su espada al mejor postor; matachines de parche en el ojo; esportilleros que conducían bultos o llevaban recados; lacayos y mozuelas; curas y frailes de todas las órdenes, a pie o en pollino; doctores barbados en mulas con gualdrapas; consejeros y magistrados en carrozas; covachuelistas y menestrales callejeando de aquí para allá... Ese era el Madrid de cada día, vivo, palpitante, como una pajarera en la amanecida. Pero ¿tanta gente dirigiéndose a la vez hacia el alcázar como si fueran de merienda a las orillas del Manzanares y a tan tempranísima hora? Eso no era normal, se dijo Candamo. A fe suya que no.

«¿Se habrá convocado para esta mañana en la explanada de palacio una mojiganga, una tarasca o un castillo de fuegos y yo no me he enterado?», llegó a preguntarse el dramaturgo, francamente intrigado. Siguió, sin embargo, su camino, ajeno al bullicio, enfrascado en enhebrar las palabras que habría de pronunciar ante su majestad don Carlos en defensa de su obra cumbre. Pero, cuando

ya divisaba la Huerta de la Priora, era tanta la algazara que por allí había que su natural curiosidad le picó y, acercándose a una mujer que cargaba un cesto del que sobresalía una telera de pan recién horneado y un seductor aroma a morcilla, le preguntó:

—Mujer, ¿sería tan amable de explicarme qué pasa? ¿Por qué toda esta gente se dirige, y tan de mañana, al palacio real?

—Pero ¿no se ha enterado usted?

—¿De qué habría de enterarme, señora? —preguntó, usando por cortesía un título que la comadre ni con mucho merecía.

—La reina. La reina María Luisa se muere, hombre. Vamos todos al alcázar para rezar por ella, para que sane, o por su alma, si es que Dios la llama a su vera. ¡Y lo hace sin haberle dado descendencia al rey, la buena de Lisi! —Así llamaba el pueblo, y se decía que también el rey, a doña María Luisa, una deformación de su nombre francés, Louise—. Ay, Dios mío... ¿Qué será de este pobre país nuestro?

—¿La reina? —preguntó Candamo, estupefacto. Había coincidido, aunque de lejos, con doña María Luisa de Orleans, la joven esposa del rey Carlos, no hacía ni diez días; la había observado pasear junto a su camarera mayor y sus dueñas por una de las galerías de palacio y la había visto lozana como una rosa. ¡Pero si su majestad no había cumplido ni los veintisiete años! ¿Cómo iba a estar muriéndose? Era cierto que se había enterado de que andaba pachucha esa semana, pero de ahí a la muerte había un trecho. Además, el escribidor le tenía un gran cariño a la reina: su jovialidad, su belleza, su amor por el teatro, lo habían conquistado desde el primer día que la conoció—. ¿Está usted segura, buena mujer? ¿No serán hablillas exageradas? ¿Qué le ha ocurrido, válgame Dios, a la reina?

—El mal concreto, no se sabe. Aunque de la corte todo se puede esperar, ¿no cree? A saber si ha sido la naturaleza o la mano humana. Supongo que ya me entiende usted...

—No, no la entiendo, a fe mía —repuso el escritor, muy serio.

—Ay, hijo mío, por Dios bendito... —Y negó con la testa, cubierta por un pañuelo negro, como sin dar crédito a tanta torpeza—. Pues recuerde lo que se dice de la muerte de don Juan José de Austria...

—Don Juan José murió de forma natural, por supuesto.

—¿Lo ve usted? —espetó la comadre, frunciendo los labios, esquinando una sonrisa de suficiencia y haciendo un gesto de desdén con la mano libre—. Eso mismito se dirá de la reina cuando muera, pobrecita mía.

—Desvaría usted, mujer. ¿Qué es lo que sabe?

—Pues lo que sé es que... —Y mudó enseguida el gesto—. Yo..., yo no sé nada —se excusó la mujer, que en ese preciso instante había reparado en los papeles que el dramaturgo llevaba consigo y que le borraron la sonrisa que había arrinconado en sus labios gruesos, dándole que pensar: tal vez, con quien tan inconveniente había hablado era un leguleyo de palacio o un secretario del bureo, pese a que las trazas del hombre no hablaban ni de dineros ni de cargos, pues Candamo no era muy alto de estatura, su ropa no era lujosa ni mucho menos y presentaba mala cara por haber pasado una noche de más vigilia que sueño, producto de los nervios por la audiencia, sin duda. Y aunque sus facciones eran armónicas y no era feo en absoluto, más bien lo contrario, pese a que para su gusto tenía los ojos más pequeños de lo que debiese y bastante separados del tabique nasal, la comadre tenía claro que las apariencias engañaban más veces de las que ella querría. Y lo que por supuesto no buscaba era problemas con gente de palacio—. Yo solo sé lo que se murmura, así que no me mire ni me hable usted de esa forma, señor mío, que no soy yo responsable de lo que otros rumorean.

—¿No es usted Candamo, el cómico? —intervino entonces un hombretón que caminaba junto a la matrona a la que había interpelado y que, por lo que se veía, había estado atento a la conversación.

—¿Cómico? —Candamo miro muy grave al individuo, molesto por su impertinencia—. Don Francisco de Bances y Candamo, escritor de cámara de su majestad el rey. Escritor, ¿me oye usted? ¡Escritor! Cómicos son los actores y los histriones. Y a todo esto, usted, que se atreve a dirigirse a mí de esa manera, ¿quién es? ¿Cuál es su gracia? ¿Es usted quien esparce el rumor acaso?

—Pues sea cómico o escritor de cámara —replicó el hombre, inmune al reproche—, yo que usted iría componiendo ya unos ver-

sos o una elegía en honor de esa francesita a la que en mal hora hicieron reina, pues o mucho me equivocó o ya está difunta o a punto de estarlo. Y no sé de qué rumor me habla. Así que buen día tenga usted. Sigamos, comadre, nuestro camino, que hace mucho frío para estar parados.

Candamo vio cómo la pareja se alejaba, apresurando el paso, dejando a su derecha las antiguas tenerías del Arenal. Sacudió la cabeza, conturbado por la noticia de la posible muerte de la joven reina, y se vio obligado a reanudar la marcha cuando la multitud amenazaba con engullirlo si no se movía.

Los primeros pensamientos que acudieron a su mente fueron para la propia reina, que, por lo que se le había dicho, estaba en el lecho de muerte. O, por lo menos, gravemente enferma, pues sabido era que la chusma era muy dada a las exageraciones. Candamo había conocido bien a doña María Luisa de Orleans, que, además de hermosísima, era de carácter suave como la nata y de talante dulce como la miel. Y le tenía gran afecto, pues era una ardiente defensora del teatro. Antes de que el rey Carlos contrajera matrimonio con ella, habían sido malos tiempos en Madrid y en España para el arte de la escena, pues la penuria económica, agravada por la peste que asolaba el sur de España y que amenazaba con extenderse hasta Castilla, hacía que no hubiese dineros para gastarlos en libretos, tramoyas, decorados y compañías. Si entonces el rey no podía viajar fuera de la corte porque no había maravedíes para reparar las carrozas estropeadas, ¿quién iba a pensar en gastar ducados de oro en atrezos y comediantes? Pero la llegada de la joven reina cambió el curso de las cosas y el teatro, con ella, recuperó su vigor, y las monedas comenzaron a llenar las bolsas de actores y dramaturgos. La propia María Luisa de Orleans había organizado comedias en las que ella misma actuaba junto con sus damas y dueñas. Aunque tuviera el mal gusto de admirar al insufrible Polop —solo por su obra *El hidalgo de Jaca* merecía Polop y Valdés ser condenado a galeras perpetuas—, ¿cómo no sentir devoción por la joven y hermosa reina francesa?

Sus pensamientos fueron a renglón seguido para su majestad, para el rey don Carlos. Rememoró aquella ocasión —no se acorda-

ba con precisión de la fecha— en que, celebrando audiencia con el rey con motivo de presentarle su último auto sacramental, *El primer duelo del mundo*, doña María Luisa apareció de pronto por el despacho regio. Recordaba de ella en ese día su lánguida hermosura, las sedas verdes con que iba vestida y que realzaban su tez, su voz cantarina, su alegría juvenil. Pero recordaba sobre todo el embeleso que había visto en los ojos de su majestad cuando su esposa interrumpió de ese modo ingenuo la audiencia, el amor que su mirada y su voz destilaron cuando la saludó y le preguntó el motivo de su aparición en la cámara —había sido el feliz parto de su yegua favorita—, el gesto de adoración que iluminó su ahusado rostro mientras la escuchaba. Si era verdad, como esa mujer había dicho, que María Luisa de Orleans había muerto o que estaba a punto de hacerlo, iba a ser un trance duro para el rey. Muy duro. Tan duro que no estaba Candamo cierto de si su menguada salud iba a poder soportarlo.

Y lo que al fin pensó fue si esa triste noticia iba a frustrar la audiencia que tantas semanas llevaba esperando y si se iba a ver impedido de presentar ante el rey su *Teatro de los teatros* y de formular ante su majestad la petición que tan cuidadosamente había redactado para la Superintendencia General de la Real Hacienda con la súplica de que fuera visada por don Carlos. Solo así iba a conseguir que el marqués de los Vélez, a la sazón al frente de ese órgano fiscalizador y célebre por su tacañería, accediera a dotarlo con los ducados precisos para poder culminar su tratado sin tener que preocuparse de los dineros y sin tener que invertir el tiempo precioso que su magna obra le exigía en escribir versillos y zarzuelas que eran los que, más que los sesudos compendios, le permitían la subsistencia.

Sumido en esos pensamientos alcanzó la explanada y las puertas del palacio, ante las que una multitud expectante y aún silenciosa se aglomeraba. Como siempre hacía, saludó con una respetuosa inclinación de la cabeza al rey Felipe IV, cuya estatua ecuestre remataba la fachada principal del alcázar, obra del escultor italiano Pietro Tacca, que había contado, según se decía, con el asesoramiento del gran Galileo Galilei para asegurar la estabilidad del

corcel cuyas patas delanteras se elevaban en el aire sin sujeción alguna. Había sido un buen rey, el gran Felipe. Algo rijoso tal vez, pensó, pero en fin... Quien esté libre de pecado... Lujosas carrozas de gentilhombres y embajadores entraban una tras otra en esos instantes en el recinto. Consiguió, gracias a la esquila que portaba con los sellos de los secretarios reales, que los guardias del portón del lienzo meridional le franquearan la entrada, accedió a través del arco triunfal al patio del rey, cerrado con arquerías, y desde allí subió por la gran escalera a las estancias nobles. Fue recibido por un empleado de la oficina del ujier de saleta, que asistía en la pieza situada delante de la antecámara, a quien ya conocía de anteriores visitas.

—Buenos días tenga usted, don Francisco.

—Lo mismo le digo, don Germán.

—Mal día es hoy, don Francisco, mal día.

—¿Es cierto lo que se dice, don Germán? ¿Que Lisi..., que la reina está en trance de...?

No se atrevió a terminar la pregunta, como si pronunciar la palabra «muerte» pudiese ser un mal augurio.

—Hay mucho ajeteo en la otra ala, en la del este —dijo el ujier, señalando hacia su izquierda, hacia el lugar donde se hallaban las estancias de la reina—. Están allí todos los nobles, desde el mayor-domo mayor al sumiller de corps, pasando por los caballerizos, el contralor y, en fin, la junta del bureo en pleno. ¡Están todos! ¡O casi! Y los embajadores de media Europa y todos los médicos y boticarios de cámara. Hasta aquí nos llegan pocas noticias, pero, por lo que sé, doña María Luisa de Orleans se encuentra muy enferma, pero todavía vive. Pero pase usted, pase usted, buen amigo Candamo, y aguarde unos minutos. Aunque desde ya le digo que es harto improbable, ¡improbabilísimo!, que su majestad don Carlos reciba hoy.

El dramaturgo tomó asiento donde el funcionario le indicó, lamentándose por lo bajo de la desdicha del rey, que al fin y a la postre era la suya propia, pues se veía ya sin audiencia y sin doblones. Había allí algunos postulantes más, pocos todavía, a ninguno de los cuales reconoció. Un rato después apareció por la pieza uno

de los criados del ujier de cámara, encargado en la antecámara de cuidar la puerta y de que solo entraran allí quienes tenían concertada audiencia con su majestad o quienes tenían derecho a hacerlo por sus oficios. El hombre, después de conversar un rato con el ujier de saleta y de estudiar unos papeles que parecían un listado, invitó a quienes aguardaban a pasar a la antecámara.

Allí Bances Candamo vio transcurrir las horas, a cada momento preso de un desasosiego más grande. Poco a poco la sala se fue colmando de damas y caballeros, pecheros y villanos, que tenían concertada audiencia con su majestad y que soportaron con resignación los malos augurios del ujier, que daba por hecha la inmediata cancelación de todas las visitas. Al principio prestó disimuladamente atención a los cuchicheos de los demás postulantes acerca de la salud de la reina y del futuro de la monarquía hispánica, que iban desde elucubraciones sobre a quién buscaría el Consejo de Estado para sustituir a la joven francesa agonizante en el tálamo real, hasta secretes sobre la alegría que para la reina madre iba a suponer el óbito de su nuera, pasando por pamplinas de toda índole y uno y mil cotilleos más. Pero sin intervenir en las comidillas y respondiendo con notable hosquedad cuando se le pretendía dar vela en las conversaciones, pues no estaba para ocurrencias. Así le respondió a un mequetrefe que lo reconoció como escritor del rey y que se atrevió a preguntarle sobre si compondría una elegía en honor de la reina: «No tenga usted prisa en llamar a la muerte, que ya se encarga ella de llegar sin que la convoquen», respondió con tanta brusquedad que el badulaque palideció y desvió la mirada de inmediato. Al cabo, harto de tanto chisme, decidió hacer oídos sordos a los murmureos y dedicarse a releer los rectos renglones del manuscrito de su *Teatro de los teatros*, rogando cada dos por tres al Altísimo para que la reina sanara y el palacio recobrarla la normalidad de sus rutinas.